

# FLORIANO SU JUZGA

● Fue en Tres Arboles, en 1897. El triunfo de Lamas no alteró la historia de la República, pero sí cambió la vida de un hombre. Un escritor, un intelectual, como se puede decir ahora, de los poquísimos que en este país han merecido hondamente en la conciencia popular donde vive resguardado, motivo de culto y de fraterna admiración. Se llamaba Florencio Sánchez y fue el primero en el género. Yo sé que Idiarte Borda, este muchacho había abandonado su puesto de periodista en "La Razón" para incorporarse a la revolución de "binzas y alpagatas" que encabezaba Aparicio Saravia — de familia le tenía a Florencio el color político— como alférez del batallón Patria. Pero a imitación de otros escritores blancos, Eduardo Acevedo Díaz, Javier de Viana, alterna armas y letras en un mismo impulso revolucionario, y tan pronto es periodista como soldado. En su actuación en este carácter se puede comprender que que este concepto intelectual no es un espíritu, ni un agente doble, sino un hombre a quien le duele el país y quiere mejorar su condición, de cualquier modo.

Angel Rama



Cuenta una tradición — que recoge Martínez Cuitiño — que en lo más duro de la refriega, uno de los jefes militares blancos dirigió a un hombre sentado al borde de un barranco, las piernas colgando en el vacío, quien contemplaba la lucha. Al acercarse observó que era un muchacho, largo, fino, desahogado, quieto y cuando se le metieron los blancos uruguayos y los colorados uruguayos, llorando a lágrima viva. Como el Pedro de Tolstói en Borodino, o como el Fabrizio del Dongo de Stendhal en Waterloo, más decidido aún aquí, más responsable que éste, nuestro Florencio miraba entre lágrimas la batalla desde su balcón natural. Primer balconeador, como han dicho algunos, de nuestra realidad nacional. Pero no balconeador frío, sino dolido, traspasado por la ternura e iluminado por la verdad. La experiencia de un gobierno colorado corrompido, desinteresado de las necesidades populares, le había llevado a una acción militarista contra él; la experiencia de una campaña blanca le había bastado para medir la ignorancia, la brutalidad, la regresión de los opositores; la visión de la batalla insólita había removido su simpatía por los uruguayos y la simpatía por sus ideales entusiasmados por su culto ciego del coraje, por su manera de abandonarse a quienes manejan. Interesadamente, esa dicotomía excluyente en la cual pretenden mantener prisionero a un pueblo.

Ahí, en Tres Arboles, está el "incipit vite nova" de este uruguayo extrañable. Nada sabía, aún, de otras corrientes y creencias que desde hacia medio siglo venían cambiando el rostro del mundo y sólo más tarde comenzó a deletrear la palabra "anarquismo". Se limitaba a razonar con honestidad y con amor a su patria, lo que veía y oía, comprobando que había que decir "basta" a tanto desperdicio arrojado. Durante esa batalla, decide un destino que podría formularse así: no pertenecerá a ninguno de los partidos, y por lo tanto no recibirá prebendas, honores, ni doblados el espínazo ni abjurará de la inteligencia, y, negándose al equívoco de los civiltiles íd, más allá de ellos, hacia el entendimiento y el descubrimiento de lo que entiende el pueblo auténtico, la verdadera nacionalidad, que será, a la vez, el porvenir, y la vida y la muerte.

En su tiempo, el baldón era ser "flojo" — la terminología cambia, el concepto no, a eso se ha llamado de muchas maneras — y con un rasgo de altivez y coraje moral, muy superior al que usan con cómodo regocajo los que disienten de la meta infanzonada. Florencio dirigió "Yo bien, el yo soy flojo" y escribió un texto único en nuestras letras: Cartas de un flojo. Pero este tipo de verdades son difícilmente tolerables; inquietas, hacen pensar, afectan grandes sectores. Fendio no encontrará difícil publicar nada; las cartas y él las sólo verá en la lectura escasa resonancia en un semanario socialista, que dirigía Alberto Ghirelli. Ni siquiera llegarán al libro. Sólo en 1914, ya muerto el autor, alguien tendrá curiosidad suficiente como para hacer con ellas algunas ediciones. Pero en la época de la revolución social criminal en Sud América preparada originalmente para José Ingenieros, un pequeño libro. Única edición conocida de estos textos que ni siquiera son sólo recogidas en las muchas ediciones de obras completas a pesar de que en ellas se encuentran el primer y el último escrito de un autor que el país nadie puede negar. Es otra forma del exultante partidario, dispuesto a transar con aquellas figuras que concitan únicamente la admiración popular, siempre y cuando se pueda hacer de su obra un instrumento político. Baste como ejemplo ilustrativo, uno de los más grandes uruguayos: José Pedro Varela.

Es significativo que en estos días sea inminente la publicación no de uno, sino de dos volúmenes de esos escritos de Florencio Sánchez que reflejan, en su origen, su mensaje humano y social, el credo sobre el que sostuvo su dignísima percepción humana, el decoro bello de su inspiración artística. Son páginas que desentran, que enseñan, que hacen pensar, que actúan por lo mismo que constituyen curiosidades bibliográficas de las más raras; pero a dos editores, por lo menos, a dos condecorados de estos textos, se les ha ocurrido, y queda no se un azar, que ellos respondan a necesidades actuales y a estados de ánimo que se van formando en el país. Yo estoy preparando la edición para que vuelcan a las manos del pueblo para quienes los escribió Florencio. No puede menos de recordarse aquellos versos que don Juan Antonio curre su ensayo a Azorín: "Para salvar la nueva epifanía / hay que hacerla con el / con el hacha y el fuego al nuevo día / Oye cantar que gallos de la aurora".

Para comprender en todo su virulento alcance el mensaje de Florencio Sánchez habría que retrotraerse a comienzos de siglo, cuando la pasión caudillesca era dominante y para medir el coraje de este "flojo" habría que comprender en toda su extensión las grandes renuncias que hacía públicas, enajenándose de la amistad de sus protectores. Desde luego que tanto las Cartas como el ensayo, en sus formas y oraciones, son un extracto del feudalismo bárbaro de nuestros campos — están embobados de esa aire de época que tuvo formulación caudales aun cuando respondería a nobles aspiraciones: progreso científico, internacionalismo, epurativismo ideológico. Sobre y cuando se desmorona el sistema de las clases — su cultura sociológica fue muy precaria — en particular del proletariado que recién empezaba a ser una fuerza rectora.

En sus artículos más está presente una concepción liberal y piadosa del país, donde se venía viviendo en un mundo que se iba abriendo con rasgos comunes — censurables —, todavía no es percibido el proceso de las estructuras económicas, sus resultados sociales, y el ensayo de vastos sectores populares no es discernido en sus causantes sino en la convicción que poseen los dirigentes de la época. En su tiempo, cuando se está pensando el proceso histórico del país, ha de encontrar en las circunstancias reales, las explicaciones más valdeadas de la situación de desempeño en que se encuentra el país, y no en el mundo de las ideas, la materia de sus crisis, sus crisis, teniendo como eje físico techo, ya el polo del consentimiento, ya el que se ve desde la puerta del rancho.

Con Sánchez comienza una corriente nueva en el esquema de las fuerzas del país, y se abre una nueva etapa en la vida intelectual. Se busca, pasando por encima de las estructuras políticas, el contacto directo con el pueblo-nación, para usar la conocida formulación de Gramsci. Se ha señalado el variado alineamiento político de los hombres de la gene-

ración intelectual del 900; más significativo, por lo novedoso comprendo con la situación del siglo XIX, es el importante núcleo de críticos y escritores que encuentra que los civiltiles no por representan la realidad del país. Esos elementos hallarán en la agitación anarquista, luego en la lucha sindical, en la tarea pedagógica, la forma de contribuir al desarrollo y progreso del medio social. El ello no dejó en su momento una transformación considerable de la estructura política — social del país, en buena parte puede atribuirse al alto atento de Batlle y Ordóñez para los reclamos nuevos, populares y su inclusión dentro de un programa político.

Ese camino tuvo su seguimiento. Partiendo del otro ángulo, el colorado, lo encontramos casi inmediatamente en la obra de Ernesto Herrera. Este, siendo un niño había militado en clubes políticos colorados, y a los 14 años se había alistado en las Guardias Nacionales creadas en 1894 en la amenaza revolucionaria de los blancos. No pasará seis años sin que se le dé la tónica, esta vez más comprensiva del temperamento nacional, de una nueva orientación de los intelectuales nacionalistas, al escribir "Lein ciegos allí reencaráncará, como había hecho Sánchez, el pueblo-nación, en un retrato de los caudillos y su medio humano que en las largas filas de las compañías nacionales por el interior fue considerado como fiel y verdadero por sus expectados. Pero su texto está iluminado por las conclusiones que en 1910 expresa él y sus compañeros del movimiento anarquista cuando la agitación revolucionaria destinada a impedir la reelección de Batlle y Ordóñez: "Frente al choque de los dos bandos, frente al diablo del gobierno y de los nacionalistas, el pueblo trabajador debe mantenerse precioso, o, mejor dicho, debe colocarse frente a los dos". "Frente a la influencia nefasta de los partidos tradicionales, se alza ahora del alma del pueblo, como palabra salvadora, la voz de las nuevas concepciones sociales. En estas concepciones las que han de conducir fatalmente con los prejuicios partidarios, con los odios de bandería que han hecho de la historia del país una roja leyenda de sangre, una crónica sin término de crímenes fratricidas". (El Pueblo).

Estos planteos no pueden dejar de lado lo incierto del juicio que Sánchez dirige a toda la nacionalidad. Una función de la vida intelectual que en nuestra historia ha sido una constante de responsabilidad moral el ejercicio normativo de una conducción espiritual del país por parte de sus principales escritores. Conducción que no buscó la demagogia ideológica, el halo po o la censura frívola, sino que atendió a las grandes necesidades espirituales de un pueblo y que ante él se comportó con la seriedad y la independencia que corresponden a la grandad de la misión.

Florencio nos juzgó y nos sigue juzgando. No sólo con las páginas de sus Cartas sino también con el conjunto de sus obras que aquellas épocas sostienen y explican en su preocupación programática. Es cierto que se entendió y reconocido, incluso en sus días, por la nacionalidad, así que queda de la mucha razón — sólida, seria, austera — que animó sus palabras al país.